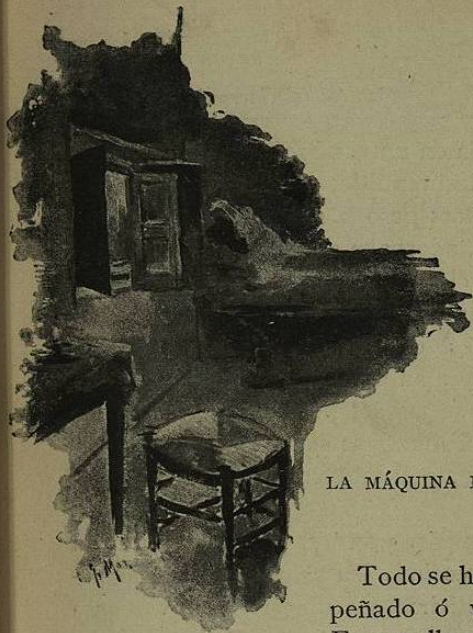


justicia no salieran de Palacio los virreyes.

¡Para que se vea de todo lo que son capaces las mulas!



LA MÁQUINA DE COSER



LA MÁQUINA DE COSER

Todo se había empeñado ó vendido. En aquella pobre casa no quedaban más que las camas de D.^a Juana y de su hija Marta; algunas sillas tan desvencijadas que nadie las habría comprado; una mesita, coja por cierto, y la máquina de coser.

Eso sí; una hermosa máquina que el padre de Marta había regalado á su hija en los tiempos bonancibles de la familia. Pero aquella era el arma de combate de las dos pobres mujeres en la terrible lucha por la existencia que sostenían con un valor y una energía heroicos; era como

la tabla en un naufragio: de todo se habían desprendido; nada les quedaba que empeñar; pero la máquina, limpia, brillante, adornaba aquel cuarto, para ellas, como el más lujoso de los ajuares.

Cuando quedó viuda D.^a Juana, comenzó á dedicarse al trabajo; cosía, y cosía con su hija, sin descanso, sin desalentarse jamás; pero aquel trabajo era poco productivo: cada semana había que vender algún mueble, alguna prenda de ropa.

La madre y la hija eran la admiración de las vecinas. En su pobre guardilla parecía haberse descubierto el movimiento perpetuo, porque á ninguna hora dejaba de oirse el zumbido monótono de la máquina de coser.

Don Bruno, que tocaba el piano en un café y volvía á casa á las dos de la mañana, al pasar por la puerta de la guardilla de Marta veía siempre la luz y oía el ruido de la máquina; lo mismo contaba Mariano, que era acomodador del teatro de Apolo; y Pepita la lavandera, una moza por cierto guapísima, decía que en verano, cuando el sol bañaba su cuarto y el calor era insoportable á mediodía,

se levantaba á las tres á planchar, para aprovechar el fresco de la mañana, y siempre sentía que sus vecinas estaban cosiendo.

¿A qué hora dormían aquellas pobres mujeres? Ni ellas lo sabían. Cuando una se sentía rendida se echaba vestida sobre la cama, y mientras, la otra seguía en el trabajo.

Pero al fin llegó un día en que fué preciso desprenderse de aquella fiel amiga: el casero cobraba tres meses: D.^a Juana no tenía ni para pagar uno; era el verano, y las señoras que podían protegerla no se hallaban en Madrid; estaban unas en Biarritz, otras en San Sebastián, otras en el Sardinero de Santander, y el administrador se mostraba inflexible.

No había medio; empeñar la máquina, ó salir con ella á pedir limosna en mitad de la calle.

Cuando Marta vió que D. Pablo el portero cargaba con aquel mueble, esperanza y compañía de su juventud, sintió como si fuera á ver expirar una persona de su familia.

Salió el portero: Marta volvió los ojos al lugar que había ocupado la máquina;

miró el polvo en el piso, dibujando la base de la pequeña cómoda, y le pareció como si se hubiera quedado huérfana en ese momento. Todo lo por venir apareció ante sus ojos.

Pan y habitación para un mes. ¿Y luego?... Se cubrió la cabeza, se arrojó sobre su cama y comenzó á llorar silenciosamente; y como les pasa á los niños, se quedó dormida.



Muchos meses después, una mañana, al sentarse á la mesa para almorzar el general Cáceres, recibió una carta, que en una preciosa bandeja de plata le presentó su camarista.

El General la abrió, y á medida que iba leyéndola se acentuaba una sonrisa

en sus labios que vino á terminar casi en una carcajada.

—Son ocurrencias curiosas las de mi hermana—dijo á sus invitados;—ni al demonio se le ocurre encargar á un soldado viejo y solterón la compra de una máquina de coser.

—¿La Marquesa va á dedicarse á la costura?—preguntó sonriendo uno de los amigos.

—Buena está ella para eso, que ya ni ve—dijo el General;—pero quiere regalar una máquina á una chica muy trabajadora de Segovia, y quiere que yo se la busque. Esta Susana un día inventa un nuevo toque de ordenanza: ¡llamada de pobres y rancho!.... Zapata, ¡di á Pedrosa que venga en seguida!

Zapata era el camarista, y Pedrosa el mayordomo, y los dos sabían que el General tenía el genio más dulce de la tierra con tal de que no le contradijeran y que le sirviesen al pensamiento.

Los otros criados comenzaron á servir el almuerzo, y pocos momentos después se presentó Pedrosa.

—Oiga usted—dijo el General al verle;—vea usted esta carta de mi hermana:

que se le compre de los lotes del Monte de Piedad una máquina de coser; va usted á comprarla en seguida.

—Mi General, no sé si habrá hoy un lote de máquina.

—Yo no entiendo de eso. Va usted por ese chisme para enviarlo á la Marquesa. Que esté listo para todo servicio; ¿entiende usted de máquinas?

—Sí, mi General.

—Pues en marcha.

Aun tomaban café cuando volvió Pedrosa sudando y rojo de fatiga.

—Ahí está ya la máquina.

—Bien: arréglela usted para que pueda ir esta tarde por el tren; pero no, tráigala usted aquí; quiero ver cómo es una de esas máquinas, que no las conozco.

—Pero, mi General—dijo uno de los convidados,— ¿querrá usted hacernos creer que nunca ha tenido que ver con una modista?

—Sí que he tenido, y con varias; pero doy á ustedes mi palabra de honor, como militar, que si han tenido máquina de coser, era el aparato que menos funcionaba durante mi visita.

Entraron la máquina al comedor; ro-

deáronla todos, y cada uno de ellos daba su opinión sobre ruedas y palancas, y querían moverla de un modo y de otro, todo con la más perfecta ignorancia.

—Está bien cuidada—dijo el General; —se conoce que trabajaba la mujer que la mandó empeñar.... ¡pobre mujer! Quizá le costó un sacrificio desprenderse de este mueble, obligada por la necesidad.

—O quizá le sopló la fortuna, y no quiso trabajar más—replicó uno de los comensales.

—Doctor—dijo el General,—nadie empeña cuando sopla la fortuna. Algo daría yo por saber de quién era esta máquina.

—¿Y para qué?

—Toma, ¿y para qué? Para devolvérsela; que si no la ha desempeñado y ha dejado venderla, será porque no tiene todavía; yo compraría otra para mi hermana: si ella regala una máquina, ¿por qué no he de regalar yo otra?

Pedrosa, que ya sabía que cuando el General inventaba algo lo había de llevar adelante, se apresuró á decir:

—Si mi General quiere, por los papeles que dan en el Monte de Piedad puedo yo saber quién era la dueña.

102000 6249

—Pues en seguida tome usted un mozo de cuerda, y va usted con la máquina hasta entregarla á la pobre mujer que la empeñó.

—Mi General, ¿y si me preguntan de parte de quién voy?

—Bueno: diga usted que de parte de un caballero, de parte de una señora; invente usted un cuento; en fin, lo que á usted se le antoje; no más que no suene mi nombre para nada.

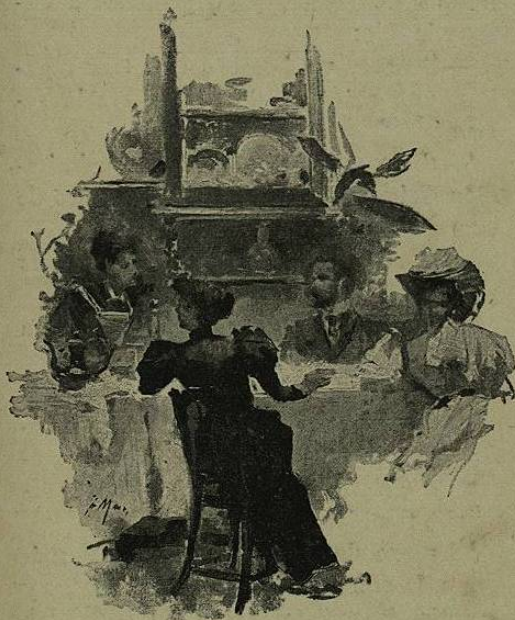
Pedrosa salió apresuradamente, y todos volvieron á tomar sus respectivas tazas de café.

*
*
*

En un alegre piso primero de la calle del Barquillo había habido un almuerzo animadísimo: era la casa de Celeste, que era el nombre de guerra de la hermosa propietaria de aquel nido de amores. Dos ó tres amigas suyas estaban allí, y con ellas otros tantos amigos del joven Marqués que cubría los gastos de aquella casa.

La sobremesa se había prolongado; sonaban carcajadas y ruido de copas, y

la madre de Celeste entraba y salía disponiéndolo todo; que aunque nunca ha-



bía tenido grandeza, había servido en casas en donde la grandeza era el estado normal.

Repentinamente sonó la campanilla:

alguien llamaba en la escalera; crujió la puerta, y pocos momentos después entró la doncella, que era una francesita con humos de gitana, y dirigiéndose á Celeste le dijo:

—Señora, un hombre que trae regalada una máquina de coser para la señora.

—¿Para mí?—dijo con gran admiración Celeste.—Se habrán equivocado de cuarto.

—Ya se lo dije; pero insiste en que es para la señora.

—¡Vaya una cosa curiosa! á ver esa máquina; que la traigan aquí.

La doncella salió, y los chistes más picantes se cruzaron entre los convidados á propósito de aquel regalo. La madre de Celeste, al lado de la puerta, esperaba también con curiosidad.

El mozo de cuerda entró con la máquina, la colocó en medio del comedor y se retiró inmediatamente.

Celeste se levantó sonriendo; se acercó al mueble, y repentinamente una nube de tristeza cubrió su rostro; abrió con mano trémula las puertecillas, y exclamó como una especie de gemido, dirigién-

dose á la mujer que estaba en la puerta:

—¡Madre, nuestra máquina!

Y se inclinó sobre el mueble silenciosamente.

Todos callaban, respetando aquel misterio; algunas lágrimas desprendidas de los ojos de Celeste caían sobre los aceros resortes del aparato.

—¿Quién ha traído esto?—dijo de repente.—Que éntre, que me diga quién manda esto.

Pedrosa penetró en la habitación; comprendió lo que pasaba, y subyugado por el sentimiento de aquella mujer, contó todo, todo, sin ocultar el nombre del General.

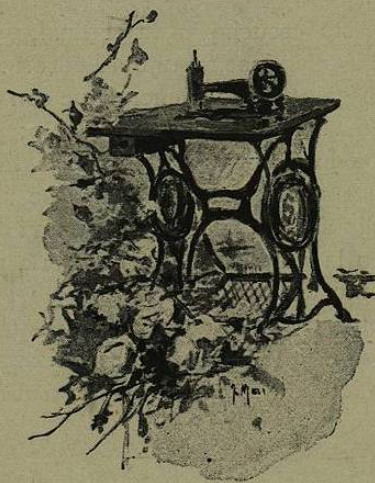
Celeste escuchó hasta el final, y después, irguiéndose, le dijo á Pedrosa:

—Dígale usted al General que con toda mi alma le agradezco este regalo; pero que no lo acepto porque ya es tarde, muy tarde, por desgracia; llévese usted esa máquina, que no la quiero en mi casa, que no la quiero ver, porque sería para mí como un remordimiento. Que se la regalen á esa muchacha honrada; que se la regalen, que muchas veces la falta de una máquina de coser precipita á una jo-

ven en el camino del vicio.....; pero no, espere usted un momento.

Celeste, como si estuviera sola, salió precipitadamente del comedor, llegó á su gabinete, abrió una preciosa gaveta, y sacó de allí un carrete de hilo, ya comenzado; volvió al comedor, hizo mover los resortes de la máquina, colocó allí el carrete como si ya fuera á trabajar, y dirigiéndose á Pedrosa, le dijo:

—Dígale que yo misma he colocado ese carrete, el último que tuvo la máquina, y que lo guardaba como un recuerdo: ese es el regalo de la muchacha honrada para la joven de Segovia.



LAS HONRAS DE CARLOS V

LAS HONRAS DE CARLOS V

Entre los misioneros franciscanos que predicaban el cristianismo á los indios tarascos, habitantes de las escarpadas sierras de Michoacán, en Nueva España, contábase Fr. Jacobo Daciano, distinguidísimo varón, lleno de caridad y modelo de constancia.



Era Fr. Jacobo, según el decir de los religiosos cronistas de la Orden de San Francisco, de tan ilustre sangre y de tan elevada alcurnia, que igualarle en eso sólo podrían en la Nueva España los hijos del emperador Moctezuma, ó los del infortunado y tímido *Catlzontzin*, por otro nombre Tzintzicha, rey de los tarascos; porque Fr. Jacobo, llamado Dacio por haber nacido en Dacia, era de la

familia de los Reyes de aquella nación, tan famosa desde los tiempos de Herodoto hasta los días en que Fr. Jacobo pasó á la Nueva España y las luchas religiosas de luteranos y católicos hacían estremecer á las naciones europeas.

Fray Jacobo embarcóse para América, buscando, no sólo la conversión de los indios, sino también refugio contra las persecuciones de un Obispo de su país que, tocado de la herejía, como dice el cronista Larrea, intentaba poner fin á la terrenal existencia de Fr. Jacobo.

Los tarascos que, sin resistencia alguna, por culpa de su Rey recibido habían el yugo de los conquistadores españoles, víctimas de los mismos á quienes ofrecieron sus servicios y su amistad, andaban fugitivos y errantes por los montes; que en ninguna otra provincia de la Nueva España se habían extremado tanto en sus crueldades y tiranías los soldados de Nuño Guzmán.

Los pueblos abandonados, los lugares desiertos, incultos los campos, sin transeuntes los caminos y silenciosos aun los mismos bosques adonde se refugiaba aquella raza perseguida: tal era el cuadro

que contemplaron los misioneros franciscanos cuando á pie, y sin más compañía que su amor á la humanidad, se atrevían por aquellos desconocidos y escabrosos senderos en busca de los tímidos y espantados habitantes del antes rico y poblado Imperio de Michoacán.

Difícil era curar la profunda herida que en aquella nación abrió la espada del feroz Nuño Guzmán; pero como la constancia y la caridad obran prodigios, poco á poco, como las revueltas y alborotadas abejas, que huyendo del colmenar vuelven á reunirse al monótono ruido de una campanilla que agita un niño, los tarascos fueron abandonando las sierras y agrupándose en derredor de las humildes capillitas levantadas por los misioneros franciscanos. El rumor de la existencia social volvió á escucharse en los abandonados pueblos, y las nubecillas de humo, escapándose entre las mal cerradas techumbres de las humildes chozas, saludaban la llegada del sol, anunciando que la paz y el trabajo volvían á sentar allí sus reales, y que la civilización comenzaba sus laboriosas operaciones.

No poco había contribuído para cicatrizar aquella herida Fr. Jacobo Daciano, y contábase de él entre los indios cosas



que le hacían aparecer como un hombre casi sobrenatural: jamás usaba calzado y cruzaba sin vacilar ni detenerse por las sendas más pedregosas y por los caminos

más cubiertos de seca maleza ó de espionosa vegetación: con los pies sangrando llegaba á las rancherías, y más que á su propio daño atendía á las necesidades de los indios; y en las noches, según contaban éstos, cuando la luna caminaba luminosa y lentamente por el purísimo azul del cielo de Michoacán, y cantaban entre los bosques las aves de la noche al compás del rumor que levantaba el viento entre las hojas de la espesa arboleda, Fr. Jacobo, arrodillado, oraba con los ojos vueltos al cielo, y algunas veces se le veía desprenderse de la tierra y quedar como suspendido en el aire.

Esto podría ponerse en duda; pero lo cierto es que Fr. Jacobo Daciano fué el único que se atrevió, de todos los religiosos que habían llegado hasta entonces á Nueva España, á administrar á los indios el sacramento de la Eucaristía, y á sostener calurosamente que la nueva Iglesia mejicana iba errada en no querer admitir á los indios en el sacerdocio dándoles las sagradas órdenes, todo lo cual le valió la mala voluntad de sus compañeros, le puso en el caso de sostener reñida polémica con el francis-

cano Fr. Juan de Gaona, y le obligó á hacer, por último, pública penitencia por haber sostenido aquellas apreciaciones.

*
**

El año de 1558 vivía Fr. Jacobo en el convento de Tarecuato, de la provincia de Michoacán, del que era Guardián y fundador. Una mañana, el 21 de Septiembre de ese año de 1558, levantóse Fr. Jacobo muy preocupado, y dirigiéndose á la iglesia comenzó á disponer lo necesario para celebrar solemnemente unas honras fúnebres. Llegaron de sus celdas, precipitados con la noticia de aquella novedad, los otros frailes, de sus casas los moradores de Tarecuato, y de sus pueblos los vecinos de los alrededores.

Nadie sabía para quién se preparaban tan solemnes exequias; que ni de la capital de la colonia de la Nueva España, ni de la corte de Felipe II, llegado había á Michoacán, ni menos al apartado rincón de Tarecuato, noticia de la muerte de algún personaje que mereciera tan alta distinción.

Pero poco tardaron aquellas dudas en

disiparse, porque Fr. Jacobo, con la mayor sencillez, pero también con la más plena seguridad, comunicó á los frailes y á los vecinos que había tenido la revelación de que ese mismo día, á las dos de la mañana, había expirado en el monasterio de Yuste el emperador Carlos V.

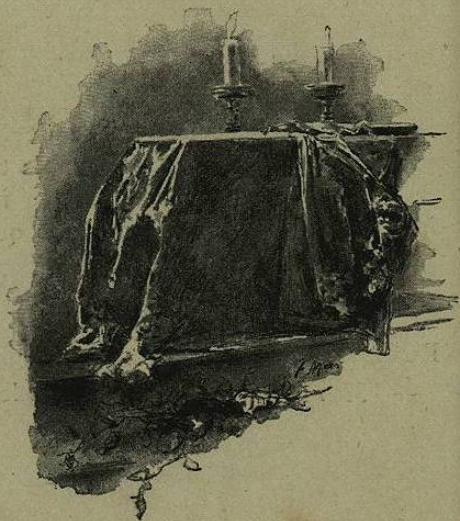
Como ni esa clase de revelaciones se ponían entonces en duda, ni encontrarse podía quien dejase de creer como un oráculo á Fr. Jacobo Daciano, todos tuvieron por segura la muerte de Carlos V, y con la mayor devoción y recogimiento oraron por su alma en las honras fúnebres. Como era natural, tanto por causa de la novedad del caso, como por el objeto de aquella triste y religiosa función, desde lejanos pueblos llegaron eclesiásticos y seglares, y Tarecuato estuvo lleno de huéspedes el día de las honras, y todos salieron del templo teniendo la firme convicción de que no existía ya el Monarca más poderoso que había vivido en el siglo xvi.

*
**

Dos meses después, el 1.º de Diciembre de 1558, publicábanse en Méjico los

lutos por la muerte del emperador Carlos V, que había fallecido el mismo día que Fr. Jacobo Daciano celebraba sus honras fúnebres en Tarecuato.

Las exequias del Emperador fueron en la capital de la colonia tan solemnes, que recuerdo dejaron por muchos años del esplendor y lujo que en ellas habían desplegado el Gobierno, el clero y los vecinos; pero en todas las conversaciones se hablaba siempre de las exequias celebradas en Tarecuato, y la tradición y la historia conservarán por muchos años la memoria de tan legendario acontecimiento.



LA GATA COJA